

8213
B.

PQ2193
B7
J88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de L. Calleja, Calvario, 19, 21 y 23.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Un concierto, despues del cual debia de verificarse un baile, tenia lugar el 12 de Febrero de 187... en casa de X..., el más antiguo de los agentes de cambio de París.

X... es muy conocido en el mundo artístico, en el mundo comercial y un poco en todos los mundos. Se le encuentra cada dia descendiendo ó ascendiendo á pié la avenida de los Campos-Eliseos, llevando en la mano su paraguas y blandiéndole á guisa de maza. Se le ve en la Bolsa cuando va á ella, lo cual sucede ahora raramente, ocupado incesantemente en dar vueltas de un lado á otro, con las manos metidas en los bolsillos. Fácilmente puede reconocérsele; cara de oficial retirado, tostada por el sol, de aire á la vez bondadoso y marcial, cabellos algo largos y próximos á volverse blancos; bigote poblado y perilla de un gris más oscuro que los cabellos. Lleva sombrero de seda muy brillante, un poco inclinado y

tirado hácia atrás, un chaquet azul muy ajustado, gaban abotonado hasta el cuello y un pantalon ancho por arriba y estrecho por abajo; á lo húsar.

Se honra á sí mismo ó más bien hace honor á los demás, puesto que á pesar de su gran fortuna, honestamente adquirida, abre generosamente su hotel, situado cerca de *Cours-la-Reine*, construido al estilo del Renacimiento y muy apreciado de los amantes de las Bellas Artes, por su galería de cuadros.

La señora X... ayuda á su marido á completar los deberes de dueño de casa. Tiene fama de haber sido extremadamente hermosa, y á veces está untado por hallarla aun hoy tan seductora como ha sido en otra época, recibe con amabilidad y atrae á sus convidados por su gracia y sencillez.

X..., muy amante de los conciertos, invita á algunos artistas á sus veladas, músicos sobre todo; pero la aristocracia de la Bolsa y de la Banca, se encuentra en mayoría en su casa. En esta sociedad, montada á mas altura de lo que uno se figura generalmente, casi exclusiva como la del arrabal Saint-Germain, las mujeres bonitas son bastante raras, pero en cambio los trajes son exquisitos y las alhajas numerosas y de gran valor. Es una sociedad que se distrae generalmente, pero no es la sociedad en la que uno puede distraerse, siguiendo la expresion de un autor dramático.

Las grandes damas de costumbres escéntricas, con trajes incitantes, se encuentran en ellas disgustadas, y prefieren las reuniones de la alta aristocracia y del gran mundo, en las cuales causan más efecto. En cuanto á los hombres, banqueros y agentes, se muestran menos uraños que sus mujeres, más amables, y con raras excepciones, no tienen el orgullo de los medrados. Las variaciones de la Bolsa los hace filósofos; y pensando en lo que son, piensan en lo que pueden ser al dia siguiente de una liquidacion. El roce con la gente del comercio, y las relaciones profesionales con los clientes á quienes necesitan servir, los hace familiares, comunicativos y buenas personas. En su templo ó en su despacho, están siempre impuestos de todos los asuntos, oyen hablar del libro á la moda, de la comedia en boga, de la dama de renombre, y por la noche, cuando les han dado noticias del bolsin, las cuales parecen desdeñar, y de las que sin embargo se informan con cuidado, se dirigen espontáneamente á una primera representación, y aun algunas veces, se los ve entre los bastidores de algun gran teatro. No pertenecen á la clase de los vividores, pero aman la comodidad y se proporcionan la mayor posible.

Muchos de ellos son los huéspedes asíduos de X... Estos son: Lepetit, el más importante de los agentes de cambio, tiene fama de ser muy hábil, muy activo y emprende los negocios a docenas.

Viene en seguida uno á quien sobrenombran «el agente de los boulevares.» Tiene su domicilio en casa de Bignon, y allí recibe sus órdenes de bolsa y despacha su correspondencia. Su clientela se compone principalmente de artistas célebres y de mujeres de la aristocracia. Así, para ocupar el lugar que le es productivo, asiste á todas las primeras representaciones, toma parte en todas las fiestas parisienses y en ellas desempeña perfectamente su papel haciéndose apreciar.

El tercero, Z..., es alto, delgado, de aspecto flemático, de maneras distinguidas y algo pensativo. Lleva inclinada hácia atrás su cabeza desnuda, con la vista dirigida al cielo y parece siempre ocupado por alguna idea gigantesca. Es miembro del círculo imperial y habita en el hotel del círculo. Por la mañana, se dirige á sus escritorios, situados en el centro de París; da una vuelta por la Bolsa y vuelve al club, donde da audiencia á sus principales clientes llenando de notas su cartera.

En fin, á continuación de estos señores citaremos dos agentes bien conocidos, de los cuales el uno ha sido condecorado por haber desempeñado durante la *commune*, el gobierno de Versalles; y el otro, ha sido gratificado en la misma época y con igual favor, por haber hecho lo contrario; es decir, por haber permanecido en París para representar á la compañía de los agentes de cambio.

El concierto en esta noche tocaba á su fin; las mujeres sentadas en el gran salon, formando un semicírculo alrededor del piano, empezaban á sofocar, ocultándolo con sus abanicos, algunos bostezos y á echar miradas oblicuas sobre la parte masculina de la asamblea, de la cual estaban separadas hacia una hora. La señora X... comprendió, que para retener á sus convidados en su sitio, para hacerles aceptar todo su programa, era necesario dar un gran golpe, animar á la concurrencia y excitar su entusiasmo. Dirigióse, pues, á la señora de un médico célebre, la señora de Z..., la cual es conocida con el nombre de «la frecuentadora de los salones», la rogó se hiciese oír, sufrió una negativa bastante seca, pero no se desanimó, insistió, suplicó y triunfó de todas las resistencias como ella esperaba; además, la señora de Z... gustaba de ser rogada.

Se vió entonces levantarse y dirigirse al piano una señora enjuta, casi vulgar y de maneras masculinas. Su rostro, nada tenia de notable, la boca era agradable, pero grande, llevaba un peinado muy raro, muy alto, con grandes bucles que caian cubriéndola los hombros y parte del pecho. Ni Wortkni Raudnitz, consentirian en dibujar su tocado, que lleva bastante desdeñosamente, aunque como una mujer á quien el arte pone á cubierto de la moda. Acaba de llegar al piano y toma posesion de él sin que nadie se presente para acompañarla. En

efecto, no necesita del auxilio de ningun artista; escuchadla: desde la primera nota, se comprende que se está en presencia de una verdadera pianista. Miradla; mirad sobre todo su mano que es muy bella. La lleva con cierta coqueteria de derecha é izquierda; ¡pero con qué arte, con qué elegancia! Mirad aún, y sobre todo escuchad. Canta, no es la misma mujer; sus ojos se dilatan; despiden rayos; están soberbios de energía y de pasión; sus narices se inflaman; su boca tiene una expresión extraña. Se encuentra uno en presencia, no solamente de una gran cantatriz, sino de una verdadera artista dramática. Es Raquel, en la voz, en las notas bajas tan magníficas. ¿Puede uno decir que es encantadora? Esta expresión no conviene á su fisonomía, á su talento; pero subyuga, electriza. No es una persona que encanta, pero sí que domina.

Esta noche hizo oír una melodía de Schubert, y dos de Schumann, estos maestros de la pasión clásica, estos *Cornelios* de la música, y la intérprete estuvo á la altura de los maestros, llegó al extremo del arte, al último límite de la pasión. La reunión no continuaba ya desanimada, no pensaría en quejarse de la dureza del concierto, y hubiese renunciado voluntariamente al baile, si la señora de Z... se hubiese dignado hacerse oír toda la noche. La rodearon, a colmaron de gracias, la estrechaban la mano; algunas mujeres la abrazaban, y familiarizándose con el

suceso, soportaba sin ningun embarazo esta ovación. Las sillas estaban abandonadas, el círculo se rompió y algunos caballeros, deseosos de cumplimentar á la señora de Z..., habían franqueado todos los obstáculos y reunídose á sus señoras. Esta efusión de los dos sexos, hizo se recobrase la alegría en el salón; las voces se elevaban, se escuchaba la risa, las conversaciones eran más animadas.

Solo un hombre de unos treinta años; alto, bien formado, de fisonomía expresiva, era el único que no se había mezclado entre los diferentes grupos que acababan de formarse. De pié, apoyado en el dintel de una puerta, paseaba á su alrededor una mirada distraída, y parecía entregado á tristes reflexiones.

—¿Qué tiene el principal empleado de X...? dijo uno de los convidados á su vecino; ordinariamente expansivo y alegre, esta noche está casi fúnebre.

—Teneis razón, tan fúnebre como hermosa es su mujer. ¡Qué criatura más deliciosa!

Una jóven de veintidos años, bastante agraciada, había escuchado esta corta conversacion. Se levantó, se dirigió hácia el jóven del cual acabamos de hablar, é inclinándose á su oído, le dijo vivamente:

—Por compasión, Jorge, tratad de dominaros; todo el mundo nota vuestra tristeza. Mi hermana también se alarma, me lo decía en este momento. ¿Hay algo de nuevo?

—Hay que mi última esperanza acaba de desaparecer; me rehusa la suma que esperaba.

—¿No teneis nadie á quién dirigiros?

—Nadie.

—Pero no os la reclaman en este momento.

—No; pero mañana... acaso esta misma noche... porque él está aquí, y entonces...

—Esperemos, dijo la jóven. Dios tendrá piedad de nosotros; se lo ruego tanto... ¡silencio! hé aquí á mi hermana.

II

Una señora jóven y elegante, pero vestida con mucha sencillez, se adelantaba, en efecto, hácia el principal dependiente del Sr. X... Cuando llegó á su lado, le dijo:

—Estoy sentada hace un gran rato; acompañadme amigo mio, para dar una vuelta por los salones.

Se alejaron. La jóven los siguió, marchando al lado de su hermana, ó refugiándose al lado de su cuñado, cuando las personas estaban muy apiñadas ó encontraba algun obstáculo para seguir adelante.

Las dos hermanas eran extremadamente hermosas, y á su paso por el salon se escuchaba un murmullo lisonjero. Una, la primogénita, casada hacia poco tiempo, tenia esa edad indecisa que empieza á los venticinco años para acabar á los treinta. Era la juventud en toda su fuerza, en todo su desar-

rollo, en el colmo de la perfeccion; tenia toda la gracia de los primeros años y el encanto, la languidez, el finito de los años que siguen. Era aún la primavera, pero la primavera hácia fin de Mayo, en la época de las últimas lilas y de las primeras rosas.

Luisa, pues este es su nombre, era alta, elegante, de formas llenas pero no exageradas; tenia los cabellos negros como el ébano, abundantes, cayendo por detrás de su cabeza en pequeños bucles, hasta el nacimiento del cuello; la frente despejada, la nariz aguileña y ligeramente encorvada, los ojos transparentes, grandes, sombreados por largas pestañas, y las cejas muy arqueadas; una boca de contornos enérgicos, los labios gruesos, rosados y cubiertos por un ligero bozo. Su rostro demuestra un gran carácter, pero cuya energía, un poco varonil, está templada por la dulzura de la mirada, la gracia de la sonrisa y un encanto soberano.

La jóven que la acompaña, se le asemeja prodigiosamente, pero parece ser, hablando mas propriamente, su reduccion. Es ménos alta, ménos morena; todas sus formas son ménos correctas; su rostro demuestra menos carácter; solamente en el encanto y la gracia está muy léjos de hallarse reducida, y posee por el contrario la perfeccion completa; no puede desearse en una jóven mayor número de castas reducciones.

Al atravesar las dos con su acompañante un pe-

queño salon reservado á los desocupados, llamaron la atencion á la baronesa de V..., aquella de la cual han dicho: «Sus hermosos ojos parecen siempre buscar en la tierra á sus piés demasiado pequeños para poder encontrarlos.»

La baronesa conversaba con dos jóvenes y un americano recientemente llegado á Francia, el señor Markett, hombre de unos treinta años próximamente y muy rico segun aseguraban. Acababa sin duda de mostrarse poco indulgente con uno de sus vecinos, y para rehabilitarse ante el Sr. Markett, que parecia reconvenirla por su severidad, empezó á hacer el elogio de los que acababan de llegar.

Hemos podido, mi querido amigo, le dijo ella, para instruiros en las costumbres parisienses, contaros sobre estos ó los otros algunas anécdotas, áun cuando conocidas de todos; pero sabemos hablar con indulgencia de las personas respetables. Atended: ¿veis esas tres personas que se dirigen hácia nosotros?

Markett, se volvió hácia el punto que le indicaba, miró y se estremeció. Sin embargo, nadie notó su emociion, é inlicándose ante la baronesa, le dijo:

—Sí, las veo, señora, ¿y qué?

—Pues os diré amigo mio, que el jóven que acompaña á esas señoras es el primer dependiente del señor X..., en casa del cual nos encontramos. Se llama Jorge Leroy. Es un muchacho apreciable y hon-

rado; ha hecho sólo su carrera y ha tenido la gran abnegacion de casarse con una mujer sin fortuna, lo que es raro en París y no tan raro en América, segun pienso.

—Acepto el cumplimento, señora, porque es justo, dijo Markett sonriendo.

—¿Creeis, continuó la baronesa, que se me vá á ocurrir la idea de hablar mal de él ó de su mujer?

—¡Nó, no lo creo! exclamó vivamente Markett.

Sin admirarse al parecer de esta vivacidad, y atribuyéndolo sin duda á la simpatía que la señora de Jorge Leroy inspiraba á todos, la baronesa continuó en estos términos:

Luisa Leroy, es una criatura adorable, afectuosa, buena, tierna, mujer en toda la acepcion de la palabra, y á la vez, resuelta, enérgica y de carácter casi aventurero. Lo ha demostrado durante el sitio; dirigiendo ella misma una ambulancia de las mejor establecidas, y no contentándose con los heridos que le llevaban, iba muchas veces á buscar otros hasta los puestos avanzados.

Yo la he visto en esa ocupacion, dijo de Céry, uno de los jóvenes que rodeaban á la baronesa.

La señora Leroy, continuó ésta, pertenece á una excelente familia y nació para ser millonaria; pero arruinada por un padre desnaturalizado, jugador desenfrenado: el conde de Servan, se vió obligado una vez terminada su educacion, á trabajar para edu-

car á su jóven hermana y algunas veces para mantener á su padre. La pobre jóven hubiese muerto, si Jorge Leroy, seducido por su belleza é impresionado por su conducta, no se hubiese enamorado de ella y se hubiese casado á pesar de su pobreza y de las obligaciones que se imponia, inquietantes para un yerno. No ha tenido que arrepentirse de su buena accion: tienen dos hermosas niñas y viven tranquilos y dichosos, sin verse obligados como nosotros para distraerse á frecuentar los salones. Si se encuentran aquí esta noche, es porque Jorge Leroy, no habrá creido poder dispensarse de aceptar la invitacion del señor X...

Markett no escuchaba ya á la baronesa, seguia con la vista á la señora Leroy, y parecia preocupado buscando un medio para hablarle. La baronesa, una vez terminado su pequeño discurso, se levantó tambien, buscó á una de sus amigas y se alejó con ella.

De Céry y Dorliac, un corredor muy conocido, quedaron solos. Despues de haberse ocupado unos instantes del conde de Servan, cuyo recuerdo acababa de ser evocado, llegaron sucesivamente á hablar del juego, que habia ocasionado la ruina del conde. De Céry, miembro de muchos círculos, renombrado por las bancas formidables que tallaba todas las noches, sostenia la superioridad de los juegos de cartas sobre los juegos de bolsa.

El jugador está al menos sobre la breha, decia animándose; expone su persona; ataca, destroza; su oro está allí, bajo su mano; le adelanta, le retira; todos sus sentidos están en acción, el oído, el tacto, la vista. Las sumas que gana se amontonan delante de él; tienen un cuerpo, las vé, las palpa, las acaricia; cuando huyen bajo el rastrillo del banquero, su vista las sigue, sus manos se crispan... En la bolsa no hay nada de esto; allí no se combate; se dan órdenes y se espera pacientemente á que un acontecimiento imprevisto, un soplo partido de Lóndres ó de Berlin, el disgusto de un hombre de estado ó el capricho de un banquero, venga á inclinar en la balanza de *debe y haber* las cuentas de provechos ó pérdidas. Los jugadores de bolsa, no son jugadores, son especuladores. lo cual es bien diferente.

Dorliac, el corredor, quiso por su parte defender sus derechos.

—Nuestras especulaciones, dijo, son juegos más formidables que los vuestros. En ellos la puesta no está limitada, se exponen millones á la vez, lo cual significa algo. Además, para el verdadero especulador, la emoción es continua; porque no vende, sino para volver á comprar, y no compra, sino para volver á vender.

Siempre en el peligro, siempre á merced de los grandes acontecimientos como de las más insignificantes circunstancias, lucha, no solamente contra lo

desconocido, sino contra lo invisible, contra lo impalpable, contra la fantasía de los hombres, bastante más incomprendible que las del azar, y precisamente este imposible, esta pasividad absoluta opera estos cambios tan inciertos y estas angustias tan terroríficas.

—Entonces, exclamó de Céry, según vos, los juegos de Bolsa son superiores á todos los demás. El jugador no tiene sino un asilo, un templo, un reino; es decir, la Bolsa.

—Lo afirmo.

—Bien veo que no formais parte de ningún círculo. Si por la noche á eso de las once, os fuera posible contemplar una veintena de buenos jugadores, sentados alrededor de una mesa de *baccarat*, ó de pié, trémulos, adelantando su dinero ó retirándole, pálidos y calenturientos; si escuchaseis un momento estas palabras: «quinientos lises hay en banca, jugar señores.—No juego más.—Yo doy cartas.—¿Quién pone cien lises?—Quedan puestos.—Yo tengo nueve.» Si vieseis las masas engrosar ó disminuir; esta puesta de diez lises formar una suma importante; aquella de dos mil francos decuplicarse; todo este dinero, ir, venir, pasar de una mano á otra y agitarse sin cesar; entonces amigo mio, os dejaríais poseer como los demás por el demonio del juego y abandonaríais vuestro templo por nuestras pequeñas capillas.

—Ya conozco vuestras capillas y os he visto officiar.

—¿Y bien?

—¡Pues bien! No me habeis tentado, no me habeis causado ninguna emocion; me he encojido de hombros y he vuelto al templo.

—Ya sé por qué razon. En los círculos á donde os han conducido, no habeis visto ni oro ni billetes de banco; fichas de hueso, de marfil ó de nácar es lo que únicamente se vé sobre las mesas. Para los habituados, para los miembros del círculo, tienen estas tanto valor como los montones de luis y les producen el mismo efecto. Un extraño, no puede dejarse conmovir por estas monedas y no siente tentacion alguna de ganarlas y meterlas en sus bolsillos. Este es el verdadero motivo de vuestros juicios; pero si os encontraseis, por ejemplo, en el camino de una ciudad, á la que en la temporada de baños se dirigen numerosos forasteros, en presencia de una mesa de ruleta ó de treinta y cuarenta, sobre la cual el oro y los billetes de Banco están en continuo movimiento, todas vuestras virtudes, mi querido amigo, no os servirían de nada.

—¿Lo creéis así? pues bien, no arrojaré nunca un luis sobre el más seductor y más brillante de vuestros tapetes verdes.

—¿Quereis apostar?

—Todo cuanto gustéis.

—Bueno, fijaremos más tarde la apuesta; pero... ¿me seguireis á donde quiera conduciros... aun cuando sea á Monte-Carlo?

—Os seguiré á donde queráis y cuando queráis.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Os la doy.

—Perfectamente. Apresuraos entonces á preparar vuestro equipaje en cuanto salgais de aquí.

—¡Ah! ¡Diablo!

—Ya veis que retrocedéis.

—No, no

—Entonces estamos convenidos.